

Pablo Buchbinder: "Las mejores historias universitarias son las que mejor nos hablan de las sociedades en las cuales estas se insertan"

Sergio Guzmán

<https://orcid.org/0009-0005-8598-9982>

Universidad Nacional de Formosa
Formosa, Argentina

lcsergioguzman1217@gmail.com

En el mundo académico son comunes las conferencias de todo tipo y para todos los gustos. Aunque no siempre el texto se ajusta al contexto o los discursos –cualesquiera sean– encuentran los canales y las ocasiones correctas. Pero cuando ocurren, algo bueno puede resultar en consecuencia. Esa fue la convergencia de factores que tuvo a Pablo Buchbinder (Imagen 1) como el invitado destacado en unas jornadas de reflexión institucional, celebradas en la Universidad Nacional de Formosa (UNaF), el 24 de septiembre de 2024.

Buchbinder es doctor en Historia por la Universidad de Buenos Aires (UBA), Investigador Principal del CONICET y docente titular por concurso de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA. Hasta aquí, no hay nada de singular en que una universidad argentina lo invite a participar como conferencista principal de una reunión académica. Lo destacable fue la razón y el contexto (político, institucional y universitario) por el que fue invitado: la UNaF celebraba ese 24 de septiembre el tercer aniversario de una grave crisis. En el año 2021 logró torcer, con argumentos basados en su estatuto y a partir de fallos pronunciados por la Justicia Federal, el intento de un golpe institucional en su contra: un grupo de personas se había arrogado facultades como asambleístas y se autoconvocó para destituir al rector Augusto Parmetler. Luego de varias manifestaciones de apoyo por parte de estudiantes, docentes y no docentes y, por último, de los fallos judiciales que derribaron esos intentos, el rectorado demostró la ilegalidad de aquella

reunión apócrifa y quedaron al desnudo los intereses políticos externos a la universidad local que habían alentado el atropello a sus instituciones.

Imagen 1. Pablo Buchbinder



Fuente: Archivo del autor.

Este fue el clima que recibió a Pablo Buchbinder aquel día en la UNaF (Imagen 2). Así, el experto en historia de las universidades, el especialista que indaga desde hace varios años los efectos de la Reforma Universitaria de 1918 en el presente, se presentó frente a una comunidad que estaba lista para escucharlo y que sobrepasaba en su capacidad el salón de conferencias donde lo aguardaba.

Imagen 2. Conferencia de Pablo Buchbinder. Universidad Nacional de Formosa



Fuente: Archivo del autor.

De este modo, el debate político y académico, la investigación científica y la actualidad se dieron cita en un mismo escenario para pensar la universidad.

Una hora después, Pablo Buchbinder se instaló en el Albergue Estudiantil que la Universidad anfitriona le ofreció en el campus. Y a solo unos cuantos pasos de la estructura piramidal que fue inaugurada esa misma mañana como símbolo de la defensa de la autonomía universitaria. Allí, ya más relajado, y mientras aguardaba el vuelo que lo llevaría de regreso a la Ciudad Autónoma de Buenos Aires, mantuvimos el siguiente diálogo con el catedrático e investigador.

—Apenas llegó a Formosa varios docentes quisieron verlo... y hasta cenaron con usted anoche (23 de septiembre).

—Sí, tuvimos una cena con varios de los colegas. Y la verdad que fue una charla interesante. Hay una agenda universitaria nacional, una serie de problemas universitarios que es propia del país. Después de haber venido aquí, comprendo más adecuadamente que Formosa tiene su propia agenda universitaria con algunas características particulares que no se repiten en otros lugares. Al menos, no con las mismas características. Y que tienen que ver con esta relación tirante, tensa que tiene con el poder político provincial. Que además tiene sus características peculiares en el contexto de la Argentina. Entonces, todo eso hace que haya algunas discusiones que se dan en Formosa que son distintas a las discusiones que predominan, yo diría, sobre todo, en el centro del sistema universitario hoy.

—¿Cuáles serían esas discusiones?

—Las que tienen que ver quizás no tanto con el problema de la autonomía y mucho más con las limitaciones presupuestarias. Y eso me llamó la atención en la conversación de ayer con los colegas, que en verdad los problemas financieros en Formosa no aparecieron con este gobierno, sino que, por el contrario, hubo problemas financieros muy fuertes en el año 2021 y 2022. Me parece muy interesante poder conocerlos porque, posiblemente, si uno no viene a Formosa y no interactúa con los docentes, no los conoce.

—Más allá de su ubicación geográfica y política, ¿existen diferencias entre las universidades en relación con sus agendas? ¿Sus preocupaciones son distintas?

—Cuando uno mira las megauniversidades de cerca de 100.000 estudiantes o más (la UBA tiene arriba de 300.000 estudiantes), ahí yo podría decir que las agendas son distintas, probablemente también en cada una de sus unidades académicas. En las grandes facultades, que en líneas generales son las profesionalistas (Medicina, Derecho, Economía), aparece el problema de cómo sostener la enseñanza, con matrículas cada vez más numerosas;

surgen los inconvenientes con las evaluaciones, la acreditación de las carreras, los problemas con la calidad de la enseñanza y la deserción de los estudiantes. Y en cuanto a las facultades más chicas, en esas mismas universidades, tenés otras dificultades. En resumen, en las grandes facultades profesionales existen muchos profesores que viven de su profesión liberal, y son médicos o abogados que dan clases. Y en las facultades más chicas, la mayor parte de sus docentes vive del CONICET o de sus cargos universitarios; a veces, algunos combinan docencia y CONICET; otros, docencia en distintos niveles del sistema educativo. Así, tenés una situación muy complicada porque el deterioro de los sueldos universitarios es enorme. Hoy, un profesor de terciario está mejor remunerado que un docente de universidad, cosa que no había pasado antes. Entonces, uno encuentra ahí agendas distintas. A su vez, cada región del país tiene sus propios problemas. Y lo interesante en mi caso de poder venir a Formosa es entender cuál es esa agenda...

—Estas agendas, ¿tienen que ver más con lo político, lo académico o con su vínculo con la sociedad?

—Yo diría que cuando uno mira la Universidad de Buenos Aires, encuentra también agendas distintas dentro de la misma universidad, por esta cuestión que mencioné antes. En la Facultad de Ciencias Exactas hay una preocupación central por poder mantener el trabajo en los laboratorios, como en la Facultad de Ciencias Médicas. Las universidades que tienen grandes hospitales padecen hoy un grave problema para sostener el mantenimiento de los mismos, que se lleva una parte significativa del presupuesto. Hay lugares del país donde el CONICET tuvo un peso significativo en el financiamiento de la investigación, y cuando se retira de estos puntos no hay instituciones que lo sustituyan. En Buenos Aires se pueden encontrar alternativas, pero no en muchos sitios del interior.

Pero acá me asombró que, cuando llegas a Formosa, vos te encontrás con una agenda que está muy vinculada con el modo en el que el poder provincial intenta ocupar, en líneas generales, la universidad o hacerse con el control de la universidad. Y esta realidad no es tan distinta a lo que ocurre en muchas universidades del conurbano bonaerense, creadas en los últimos años. Las universidades creadas desde los años 90 tenían esa relación tirante con el poder municipal.

—Hoy, ¿eso ya no ocurre en esas casas de estudios?

—Hay algunas que lograron independizarse, y hay otras que les resulta más difícil. Ahora, yo creo que hay algunas cuestiones del sistema universitario en general sobre las cuales uno podría detectar problemas comunes. Y quizás las soluciones puedan tener matices distintos en cada caso. Lo dije en la conferencia: Argentina ha logrado un nivel de inclusión muy alta en términos

de cantidad de estudiantes, pero no lo logra en la misma medida en sus tasas de egresados. Incluso los que egresan tardan un tiempo mucho mayor al tiempo teórico para terminar la carrera. Esos son problemas estructurales que existen en todas las universidades públicas.

–¿Qué otras dificultades compartimos?

–Existen muy pocos docentes con dedicaciones exclusivas en las universidades públicas, tendría que haber un porcentaje mucho mayor. En el sistema tenés un promedio de cerca del 10 por ciento de los docentes con dedicaciones exclusivas. En la UBA es todavía menor, es el 9 por ciento. Entonces, ahí, vos tenés un problema.

Porque no es lo mismo el tiempo que dedica un profesor a su actividad: pensar sus clases, hacer investigación, etc., que aquel que termina su trabajo en el bufet a las seis de la tarde y a las siete está dando clases. Y me parece que este es un dato importante y que hace a una cuestión central, que es la cuestión de la calidad. Y está asociado también a otros aspectos, como el peso de la investigación científica, que en los últimos años ha sido motorizada por el CONICET, pero que no alcanza desde mi punto de vista. Es fundamental que la universidad asuma un compromiso mayor con las tareas de investigación.

–¿Cuál cree que debería ser el rol de la universidad en la sociedad?

–La universidad debe tener un papel central en el fortalecimiento de las capacidades productivas y económicas de la sociedad. Yo creo en el papel de la educación superior también como un elemento central en la construcción de una sociedad más igualitaria. Me parece que la universidad debe tener un papel destacado en la construcción de una cultura democrática, cívica y pluralista. Y, a partir de ahí, a través de sus tareas de formación, de investigación y extensión, la universidad puede contribuir con el desarrollo económico. Y funcionar como un elemento igualador, como lo ha sido en la tradición argentina.

–Hoy, con la presidencia de Javier Milei y la disputa que este mantiene con las universidades públicas por el manejo de sus gastos y su financiamiento, ¿cree que existe una corriente de opinión desfavorable hacia las universidades públicas?

–Yo me manejo con mucha información que obtengo de los medios de comunicación masivos, a nivel nacional, que siempre como historiador, como científico social, uno desconfía de lo que encuentra en esos medios. Ahora, en esos medios yo veo una perspectiva del papel de la universidad en el público en general muy positiva. No encuentro ahí la idea de que la universidad malgasta su dinero o sus recursos o que no sirve lo que hace. A

mí lo que sí me parece es que a la universidad le ocurre lo que a muchas otras instituciones del Estado: están sujetas a lo que vulgarmente se llama la motosierra. Esa motosierra se contrapone con lo que había pasado en la década de 1990, bajo la presidencia de Carlos Menem. En esos años hubo un proyecto de transformación de la universidad que uno podía estar de acuerdo o no. Pero hubo un proyecto. Hoy no lo hay. Lo que existe ahora es un intento de cercenamiento de recursos. Casi podríamos decir que se trata de un proyecto de destrucción. Pero no es tan fácil destruir la universidad pública. Además, no hay ninguna discusión en serio acerca de lo que se hace en la universidad, qué cosas se están haciendo bien, qué otras podrían hacerse mejor.

—¿Ese debate no existe en la misma universidad o en el poder político?

—Ese debate no está hoy en la sociedad argentina. No está hace mucho tiempo. Nosotros no hemos tenido una discusión productiva, interesante, áspera, como ha pasado muchas otras veces...

—Cuando dice nosotros, ¿se refiere a las universidades o a la sociedad?

—No, no... a la sociedad en general. En cuanto a la comunidad universitaria, menos. Me parece que este es un tema por lo general restringido a los especialistas. Yo lo miro más como historiador y también desde la política universitaria. Pero la impresión que uno tiene, si lo miramos desde la perspectiva del gobierno, es que la universidad es una institución que gasta plata y que no hay plata para sus gastos...

—Y sin embargo cree que esa mirada del gobierno no está instalada en buena parte de la sociedad.

—No, no lo creo. Me parece que la sociedad ha aceptado muchas otras cosas y es muy crítica de muchas instituciones; es muy crítica del Congreso, por ejemplo, pero no me da la impresión de que esa sea la visión que tiene de la universidad. La universidad es una de las instituciones que conserva mayor prestigio en la sociedad argentina.

—Hablando de prestigio, la UBA ocupa el primer lugar en Iberoamérica y se encuentra entre las mejores 50 universidades del mundo –de acuerdo con el prestigioso Ranking QS–. Desde ese lugar y con respecto a la relación dentro del sistema universitario argentino, ¿la UBA mira por encima al resto de sus pares?

—Mirá, hay algunas cosas que creo que la UBA no puede evitar. Es la universidad de la Ciudad de Buenos Aires. Concentra lo que concentra en gran medida la Ciudad de Buenos Aires. Su vitalidad tiene que ver con el peso que tiene también la ciudad.

Tiene una capacidad de negociación independiente del resto de las instituciones del sistema. Y la ejerce. Así que yo creo que tiene esa característica inevitable porque concentra cerca de un 20 por ciento de la matrícula total. Es decir, de las 60 universidades públicas que existen en el país, hay una sola que tiene el 20 por ciento de todos los estudiantes, que es la UBA.

—Ya que mencionó el número de las universidades públicas que tiene el país, ¿considera que son muchas?

—Creo que en los últimos años hubo un crecimiento muy importante del sistema universitario, pero con poca planificación. Y sobre todo en el conurbano bonaerense, que es donde se dio el mayor crecimiento. Y eso tiene que ver con el peso que el conurbano tiene en la política nacional. Cuando en los años 90 se procedió a la construcción de nuevas universidades constituyó un modelo alternativo a las grandes casas de estudios. Estas eran universidades más chicas, con pocos alumnos, un número pequeño de docentes, pero en general docentes muy bien formados, con doctorados, con planes de investigación. Formaban parte de un proyecto de transformación del sistema, o por lo menos una alternativa a las grandes universidades metropolitanas, como la UBA, La Plata, Córdoba, Rosario. Pero en los últimos años hubo un proceso de crecimiento que estuvo muy ligado a las formas con las cuales el peronismo construyó poder político. Es decir, cada intendente quiso tener su universidad. Entonces, cuando te ponés a mirar un poco más en detalle podés ver qué distancia hay entre las sedes de la Universidad de Avellaneda y la Universidad de Lanús. O si tenés una universidad en General Sarmiento, ¿necesitabas otra en José C. Paz? Me parece que ahí hay toda una discusión. Yo estoy de acuerdo con la idea de que hay que permitir la inclusión y que quienes viven en zonas marginales puedan tener una universidad relativamente próxima. Pero el problema es cuando no se establecen criterios de planificación adecuados y se superponen ofertas y casas de estudios. Sin embargo, mucho de todo esto se resolvería creando sedes, como se hace en México, en Estados Unidos y en otros lugares del mundo... Aquí, nada de esto podía ser posible, porque lo que quería cada intendente era tener su propia universidad.

—Entonces, siguiendo su reflexión, los intereses políticos estuvieron por encima de cualquier diseño estratégico para la expansión de las universidades.

—Me parece que faltó mirar y evitar la superposición de ofertas, faltó pensar un sistema articulado en su conjunto. Y creo que eso trae aparejados problemas con una administración razonable de los recursos. Además, tenés un sistema universitario con muy pocos profesores con dedicación exclusiva. Tenés un problema con el compromiso en general de los docentes universitarios con la investigación. Es decir, tenés todavía una serie de

problemas importantes para resolver. Y, repito, me parece que acá el tema de discusión no es la inclusión. Yo estoy totalmente de acuerdo con ella y me parece absolutamente necesaria. Pero una cosa es la inclusión y otra cosa muy distinta es la creación de una universidad.

—Creo que fue marcando muy bien las debilidades del sistema, ahora ¿cuál cree que son sus principales fortalezas?

—El valor que la sociedad argentina le da a la educación pública. Me parece que eso es algo que la universidad aprovecha y probablemente debería aprovecharlo mucho más. Esa es una cuestión central. Tratándose de un sistema que tiene hacia adentro diferencias y muchas heterogeneidades, posee sin embargo una base muy sólida para avanzar. Hubo un progreso importante en los últimos veinte años del sistema científico-técnico, en muchos casos bien articulado con la universidad y con muy buen potencial. La otra fortaleza importante es que tenemos cuarenta años de universidad pública y gratuita. Este es un rasgo que comparte la mayoría de las universidades argentinas. Y que es la fuerza de su tradición.

—¿Qué desafíos tienen las universidades para los próximos años?

—La inclusión, pero hay que pensarla desde otros parámetros. Vivimos en una sociedad global, entonces tenemos que formar a los graduados para ser consistentes y se desempeñen exitosamente dentro de ese mundo global. No solamente desde el punto de vista económico, sino también en los valores que corresponden a ese mundo global. Fortalecer la formación cívica, democrática, la republicana, la equidad de género, la conciencia ambiental. Y detrás de eso tenés que pensar la agenda de la inclusión muy bien articulada con una agenda que ponga en el centro el problema de la calidad. Lo que estoy queriendo decir es que necesitás más docentes con dedicación exclusiva, mejor formados, con un título máximo en su especialidad, más articulados con la formación y la investigación.

—¿Y en relación con los estudiantes?

—Una mayor dedicación de la universidad hacia ellos. Se necesitan sistemas de becas, una planificación que incluya estímulos y que fortalezca la formación básica. Yo enseño Historia y a veces me encuentro con estudiantes que no saben quiénes fueron los jacobinos. Es grave que un estudiante de Historia no lo sepa. Pero también es muy grave que, si a ese estudiante le doy dos textos que hablan del mismo tema, pero de una manera distinta, no pueda distinguir cuál es la diferencia entre uno y otro. Entonces, hay cierto tipo de competencias básicas que la universidad las ha atendido de manera muy limitada. Esto exige también pensar los planes de estudio...

—Pero, en este caso, ¿no obedece más bien a una deficiencia del nivel medio?

—Yo diría que muchas de estas cuestiones hay que pensarlas en función de una articulación entre enseñanza media y universidad. Hay que verla integralmente. Pero lo cierto también es que, si vos tenés estudiantes que llegan a la universidad y no tienen esas competencias, tenés que preocuparte vos, como universidad. Porque los estudiantes no van a poder avanzar más allá si no pueden leer comprensivamente un texto, si no distinguen los diferentes niveles de argumentación... Bueno, yo estoy hablando de la ciencia social, las ciencias duras tienen también sus propias dificultades.

—¿Cómo ve la relación entre las universidades públicas y las universidades privadas? ¿Hay una convivencia armónica, de competencia o son antagónicas?

—No, no las veo en principio antagónicas. El sistema universitario argentino, a diferencia de lo que pasa en Chile, Colombia, incluso en Brasil, es un sistema donde la matrícula se desenvuelve fundamentalmente en el sector público. Cerca de un 75 por ciento de los estudiantes pertenecen al sector público y el resto lo tenés en el privado. Pero en este último sector existen otras características, como lo son las universidades de elite: con un profesorado con dedicación exclusiva, títulos de doctor en su gran mayoría, y varios de ellos realizados en el exterior, con una formación muy sofisticada. Pero también están las universidades privadas que son grandes universidades masivas. Y en ellas encontrás los mismos problemas que yo te mencionaba de las universidades públicas. A veces agravados. Es decir, muy pocos profesores con dedicación exclusiva, debilidad en la formación de la investigación, además de otros inconvenientes que reproducen en parte lo que sucede en la educación superior pública.

—¿En qué proyecto de investigación está trabajando actualmente?

—Mi investigación principal tiene que ver con las redes globales construidas en torno a la Universidad de Buenos Aires en las primeras tres décadas del siglo XX. A veces resulta hasta asombroso, cuando uno mira la década del veinte, descubrir que la UBA estaba inserta en una red global que permitía que grandes científicos, investigadores, pasando por José Ortega y Gasset hasta Albert Einstein, visitaran la Argentina. Era un fenómeno de circulación de científicos y académicos que fue muy particular en esos años. Y había tenido que ver con la necesidad de las potencias centrales, fundamentalmente de Alemania, Francia y España, que no quisieron perder ese lugar de peso. Y que trataron de ganar para su causa a las élites intelectuales y académicas de países que habían permanecido neutrales durante la Primera Guerra Mundial. Así fue como se generó con la mediación de las sedes nacionales e instituciones locales recursos y mecanismos para

que pudieran circular por aquí sus académicos, científicos e investigadores. De este modo, lo que estoy tratando de estudiar es cómo se construyó esa red, sobre qué bases se articularon con las estructuras universitarias. Y también intento saber cómo esa red incidió en las actividades de docencia e investigación de la Universidad de Buenos Aires. Una red que se empezó a construir hacia finales de la primera década del siglo XX y se cortó con la Primera Guerra Mundial. No se canceló del todo, pero algunos de los países que estaban involucrados en este proyecto se retiraron. Y después se reconstruyó a partir de 1919.

—Hoy, con Internet y el desarrollo vertiginoso de la tecnología de la comunicación resulta mucho más fácil imaginar proyectos globales... Pero, por aquellos años, ¿cómo fue posible una red de este tipo?

—Por carta, por correspondencia, obviamente. En Argentina surgió una serie de instituciones en esos años, algunas de las cuales sobreviven hoy. Los franceses crearon el Instituto de la Universidad de París, los alemanes crearon la Institución Cultural Argentino-Germánica, los italianos, el Instituto Argentino de Cultura Itálico, y los norteamericanos, el Instituto Cultural Argentino Norteamericano. Estas entidades funcionaron como mediadores, aportaban el financiamiento y junto con la UBA establecieron una serie de acuerdos para que investigadores y académicos de esas potencias viajaran para dictar sus conferencias en la Argentina. Esas conferencias hicieron posibles otros vínculos con intelectuales y docentes locales. Y se formó, así, un ámbito de discusión donde se debatía no solamente de ciencia, de historia o de física, sino también se deliberaba mucho de política y sobre todo de política internacional... Yo estoy haciendo un esfuerzo por tratar de reconstruir ese mundo universitario de los años veinte.

—¿Fue una época de oro para el mundo académico en Argentina? ¿O era la antesala de lo que más tarde conformaría la reputación de las universidades de nuestro país?

—Uno puede pensar que hay más de una época de oro... Pero esta fue una etapa muy buena para la Argentina. Porque era un país muy próspero en esos años. Eran los tiempos de los grandes ingresos en términos monetarios, porque las exportaciones de los productos agropecuarios, después de la guerra, eran muy valoradas en Europa. Y Buenos Aires vivió una suerte también de época de oro, ya que tenía una enorme actividad cultural. Beatriz Sarlo, en un par de libros, describe ese periodo. Uno de esos trabajos se llama *La imaginación técnica* (Sarlo, 1992). Allí cuenta cómo era ese mundo, el de aquella Buenos Aires de los años veinte. Un mundo muy dinámico y abierto. Es interesante ver cómo la Argentina se articulaba con ese universo que las potencias centrales instalaron, porque fueron ellas las que desarrollaron esa política. Y la Argentina se metió en ese contexto, donde había un interés de todas maneras por la Universidad de Buenos Aires. Este vínculo con esos

centros de poder permitía la llegada de especialistas de disciplinas científicas que no se practicaban en nuestro país. Hace varios años que estoy tratando de repasar estos acontecimientos.

–¿Hace cuánto tiempo?

–Empecé con este trabajo hace unos catorce años y publiqué algunos artículos. En el medio lo dejé porque hice otras cosas, como el de escribir un libro un poco más largo sobre la Reforma [Universitaria de 1918], que espero que se publique el próximo año en Eudeba, que ha sido uno de mis temas de trabajo durante bastante tiempo. Y ahora, hace un año más o menos, retomé la investigación de la que estamos hablando. Estoy actualmente escribiendo un libro con los artículos que tengo y el material que permanece todavía inédito sobre esa etapa.

–En su conferencia hizo un repaso por la historia de las universidades argentinas a lo largo de las décadas del siglo pasado, destacando el contexto histórico y la relación de las casas de estudios con las corrientes políticas del momento. ¿Qué lecciones podemos tomar de ese devenir?

–Hay una cosa que digo siempre en los cursos y que es una verdad de Perogrullo, pero me parece que es interesante tenerlo en cuenta: las mejores historias universitarias son las que mejor nos hablan de las sociedades en las cuales estas se insertan. Entonces, uno debe mirar lo que la sociedad argentina le ha pedido a la universidad a lo largo de estos años. Ahora, por ejemplo, estamos teniendo un modelo universitario que es muy fuerte y que me parece que en alguna medida está agotado: el modelo profesionalista, es decir, la universidad que forma profesionales liberales, como médicos, abogados, contadores... Eso es lo que reparte prestigio.

–¿Esa instancia aún no fue superada?

–Yo diría que está limitadamente superada. Me parece que el problema es cómo la universidad aporta más allá de esto. Ese es un desafío importante para las próximas décadas. Porque tiene que ver con la planificación del sistema, con su organización. El de fortalecer una cultura democrática, una mayor conciencia cívica, el de contribuir a la construcción de una sociedad más igualitaria. Esos son algunos de los temas que considero fundamentales.

–Es común escuchar que las universidades deben ser generadoras del pensamiento crítico. Ahora, el mundo académico es heterogéneo, cada carrera tiene una mayor o menor revisión de sus programas de estudio. ¿Cómo se logra eso?

—A ver... en principio eso requiere libertad. Y recursos también, porque el pensamiento crítico no se genera de la nada: necesita gente que se dedique a construirlo, a pensar. Se necesita mucho rigor también, es decir, que se haga con seriedad. Entonces requiere controles, y no me refiero a controles políticos. Me refiero a controles científicos, académicos. Esas tres cosas son absolutamente fundamentales para construir pensamiento crítico. La universidad no puede ser conformista de ninguna manera. Y no puede ser una institución que le dé argumentos al poder. Está para cuestionarlo, para ir más allá. Y por supuesto requiere de una actitud. En el presupuesto de la actitud con el que vos te sentás a pensar los problemas políticos, científicos, filosóficos, tiene que ser siempre una actitud crítica. Si estás para alabar, para ensalzar, me parece que no cumplís con tu función.

—También es muy común escuchar que son las universidades, identificadas con una u otra ideología, las que hacen una bajada de línea, que adoctrinan a sus estudiantes. ¿Qué piensa sobre esto?

—Cuando escucho estas cosas me parecen absurdas. Porque nosotros trabajamos con adultos, con personas que tienen pensamientos y criterios propios. Imaginate que voy a la facultad y le digo a los alumnos, "esto es así..." ¿Me van a creer?, ¿y que así de fácil lo incorporen, sin más? Los estudiantes naturalmente desconfían de lo que uno pueda decirles. Entonces, en eso, no creo. Sí me parece más preocupante que construyas una universidad pensando más en cómo esta se va a acomodar a lo que el poder político quiere. Y no a cumplir con las funciones de docencia, investigación y extensión con los parámetros de calidad que se requieren.

—Las universidades, ¿son actores políticos?

—Lo fueron con un enorme peso en las décadas centrales del siglo XX, claramente en los 60 y 70. No podés entender el Cordobazo sin los universitarios. El Cordobazo hirió de muerte al gobierno de (Juan Carlos) Onganía. Las universidades fueron vistas durante la época de la Doctrina de la Seguridad Nacional como un nido de comunistas. Y eran objeto de una represión particular. Me parece que, en los últimos años, como actores políticos, perdieron algo de ese peso. Pero lo han ido recuperando. Sin embargo, ese rol era mucho más fuerte cuarenta, cincuenta años atrás. Y eso tuvo que ver esencialmente con el movimiento estudiantil y con el hecho de que muchas de las consignas principales que caracterizaron ese movimiento durante el siglo XX se consiguieron. Me estoy refiriendo a dos cuestiones fundamentales, la gratuidad y el ingreso irrestricto.

—Durante su conferencia me pareció que fue bastante cauto cuando tocó la etapa del peronismo y su relación con la Universidad...

—Traté de mostrar los dos lados que tiene ese proceso. En el peronismo no hubo autonomía universitaria. Podría haber sido incluso más duro, porque durante ese periodo un tercio de los profesores universitarios se tuvo que ir por razones políticas. Pero es cierto también y hay que reconocerlo: el peronismo instauró la gratuidad...

—Y la universidad obrera, hoy la Universidad Tecnológica Nacional...

—Sí, sí, exactamente, y esa es una cuestión que también hay que reconocerla. La universidad era de elite, realmente de elite y el peronismo empezó a romper con eso. Yo siempre digo que para entender todo el contexto hay que mirar la situación económica general. La prosperidad que rodeó esos años también lo explica. Y la prosperidad para muchos sectores que antes habían estado muy relegados explica el porqué del lugar que ocupa el peronismo en la historia universitaria. Pero, en líneas generales, tengo muchas reservas con respecto a lo que representa el peronismo en la historia argentina en general. Sin embargo, son varias las cuestiones relacionadas con los temas universitarios que hay que reconocer...

—Incluso ese reconocimiento, siguiendo su exposición de hoy, alcanza a periodos no democráticos de la historia argentina...

—Es que hubo aportes que se han hecho en todos los gobiernos. Cuando uno mira al gobierno de la llamada Revolución Argentina de 1966, fue un gobierno que diversificó mucho el sistema universitario. Gran parte de las universidades que existen hoy en las provincias, como la Universidad del Centro de la Provincia de Buenos Aires, la Universidad de Mar del Plata, de La Pampa, Jujuy, Salta, se crearon durante esos años.

—¿Qué fue lo que más le llamó la atención de su visita a Formosa?

—Que una cosa es lo que ves en los medios en Buenos Aires, pero es otra y muy interesante verlo aquí, *in situ*. Que es la forma de construcción del poder político provincial. Me parece que son muy llamativos. No hay en la Argentina hoy un poder político provincial construido sobre las bases, sobre las cuales se construyó el poder político en Formosa.

—Puede ser más específico...

—Los carteles con las fotos del gobernador en las calles, los comentarios acerca de la construcción de un poder que controla, el uso del empleo público. El apriete a la universidad, eso no existe en otras provincias. Es algo típico de aquí. Lo que demuestra también es la debilidad de la

institucionalidad republicana en Formosa. Es muy interesante, porque son formas de poder político que se pudieron limitar en otras provincias.

–¿Cómo afecta, entonces, esa intromisión del poder político en la Universidad?

–Lo que existe en Formosa no es un tema de autonomía universitaria, es un tema de construcción de poder que va más allá de la universidad. Es decir, en esa construcción de estructuras de poder es muy difícil generar alternativas, generar pensamiento crítico. En síntesis, no es solamente un problema de autonomía.

–¿Qué se lleva de Formosa?

–Me llevo la vitalidad de la universidad, la fuerza de la defensa de la autonomía. Esa es la impresión que me llevo, el entusiasmo de la gente más joven. La idea de que la universidad puede seguir en ese camino de la defensa de la autonomía, que es un camino abierto, que con mucha convicción la comunidad universitaria lo defiende. Me impresiona también el contexto: la forma del ejercicio del poder político y cómo la universidad se plantó frente a eso.

–Si tuviera que dejar un mensaje, ¿cuál sería?

–Que es primordial que Formosa siga defendiendo la autonomía universitaria. Y que, para hacer una mejor universidad, que en el fondo es el propósito central, hay que asegurar esa autonomía, la que no supone un privilegio, sino que implica fundamentalmente una responsabilidad.

Referencias

Sarlo, B. (1992). *La imaginación técnica. Sueños modernos de la cultura argentina*. Nueva Visión.

